

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 165.

Alicante 24 de Enero de 1874.

Año V.

CONSIDERACIONES

sobre la decadencia de los países católicos y sobre la prosperidad de las naciones protestantes.

I.

Entre los numerosos problemas que preocupan y atormentan en estos momentos el espíritu de los pensadores católicos de todos los países, acaso no hay ninguno más grave, más complejo y más sorprendente, que el que nos presenta el hecho de la decadencia de los países católicos y la marcha ascendente de las naciones protestantes.

Desgraciadamente para nosotros este hecho existe, permanece en algunos lugares después de siglo y medio y en otros aparece de nuevo. Si nos fijamos por una parte en los pueblos de Europa en donde permanece dominando la Religión católica, y por otra en aquellos en que ha sido sustituida por la reforma de Lutero, bastará un golpe de vista para que observemos en los primeros cierta propensión á degenerar y cierto empobrecimiento lamentable, mientras que, por el con-

trario, en los otros vemos una prosperidad y un progreso que parece que de día en día crecen y se aseguran. El aspecto que ofrecen á nuestro estudio las naciones modernas nos presta motivo para fundar este juicio.

El Portugal apenas se cuenta para nada en los consejos de los soberanos de Europa. Nuestra nación, (triste es decirlo, pero hay necesidad de confesarlo) se halla profundamente minada por el espíritu revolucionario, se consume en luchas intestinas y es considerada como una nación muerta ó agonizante. La Italia ha conseguido establecer su unidad tan decantada, es cierto; pero todo el mundo sabe que esta unidad es puramente nominal: la celosa rivalidad que separa unas de otras á las principales ciudades, las divisiones políticas y la animosidad de los partidos, la desorganización y el desorden que reinan en la hacienda de este país, la ausencia casi completa de la industria y la dificultad de encontrar recursos, son motivos más que suficientes para borrar el entusiasmo por esta pretendida unidad, que por otra parte no se ha elaborado sino persiguien-

do á la Iglesia y despojando á su augusto jefe.

El Austria ha sido vencida por la Prusia, y ha perdido por tanto la preponderancia que ejercia en Alemania. La Polonia se halla agonizando. La Francia, vencida como el Austria por la Prusia protestante, ha perdido mucho de su prestigio y de la influencia que ejercia; se halla terriblemente trabajada por la revolucion, é indocil á las proféticas lecciones de sus últimas desgracias, continúa, como antes, marchando por el camino de la incredulidad y de la irreligion.

Si consideramos, por el contrario, á las naciones protestantes, se nos presentan incomparablemente mas prósperas. Desde luego ahí tenemos á la Inglaterra, la reina indisputable de los mares, que dispone de poderosos medios de accion en todas las partes del mundo, cuya paz interior parece sólidamente establecida, y su floreciente comercio, sus riquezas, su situacion, sus costumbres, la prudencia, la habilidad y perseverancia de sus hombres de Estado, parece deben mantenerla aun por mucho tiempo en el rango elevado que ocupa en estos momentos entre las naciones de Europa.

La Prusia por su parte, despues de haber reducido á la impotencia y doblado bajo su yugo á las dos mas grandes naciones católicas, se ha trasformado en imperio de Alemania, y amenaza adquirir nuevos

ensanches por medio de nuevas conquistas. Añadamos los Estados- Unidos, este pueblo jóven y lleno de vida, en cuyo seno la Iglesia tiene infinitamente menos fieles que el protestantismo, y al que la fertilidad y extension de su suelo, sus inmensos recursos, el carácter de sus habitantes, su respeto á la religion y á las leyes y su constitucion política parece prometerle un grande y hermoso porvenir.

Es, pues, hoy un hecho en todas partes evidente, que las naciones católicas caminan en descenso, mientras las protestantes parece que marchan en progreso ascendente. Un gran número de personas entre nosotros, aunque sin motivo bastante, se hallan conmovidas y confusas. Los enemigos de la Iglesia han encontrado naturalmente en esto un tema fecundo para el ataque y la calumnia; la acusan cada dia de ser el único autor de todos los males, y prevaliéndose con orgullo de la decadencia de los países católicos, dicen que el Catolicismo es quien los mata. Otros espíritus, en fin, sea que miran los hechos á través del prisma de las preocupaciones de secta, sea que los consideran tan solo en la superficie, están llenos de admiracion por las sociedades protestantes; y viendo en su prosperidad un beneficio del protestantismo, le prestan homenaje y lo proclaman padre del progreso y autor de la civilizacion.

Una observacion menos superficial y mas atenta de los hechos de-

muestra que los ataques dirigidos á la Religion católica, así como los honores dispensados á la heregía protestante, no se apoyan en ningún argumento sério y robusto; y que las conclusiones de los detractores de la Iglesia están llenas de injusticia, de error y de impostura.

Hé aquí lo que intentamos demostrar en este trabajo. Estamos persuadidos que el exámen profundo de esta cuestion es una de las necesidades mas apremiantes de los tiempos que atravesamos; y á pesar de la extension inmensa de los puntos de vista que ofrece á nuestra mirada, nos atrevemos á abordarla sin miedo y con ánimo tranquilo, confiando que este ensayo inspirará á plumas mas hábiles, mas experimentadas, mas fuertes y mas dignas del objeto el continuar la obra y llevarla á buen fin.

Es un punto, sobre el que nunca se insistirá bastante, que la Iglesia católica no tiene por objeto la fortuna sino la salvacion. Cuidándose poco de los intereses de este mundo, en donde San Pablo nos dice que no tenemos un lugar permanente (Ep. á los Heb. XIII, 14), se ocupa principalmente en preparar las almas para la eternidad. Propone á nuestros esfuerzos virtudes y recompensas mas altas que las riquezas y el poder. Sobre la riqueza coloca la pobreza, sobre el poder la abnegacion, la humildad y el desinterés por los bienes terrenos. Sabiendo que los pensamientos de Dios son insonda-

bles y sus juicios incomprensibles, no se inquieta ni altera porque aquella nacion infiel prospere mientras esta nacion católica se vé abatida. Su objeto principal, su pensamiento preferente es el de dirigir las voluntades hácia el bien, y formar la grandeza moral en el corazon de los hombres. Por consiguiente, acusarla porque no enriquece á los pueblos católicos, es cosa tan poco razonable como si se la acusara por no abrazar tal ó cual partido político. La Iglesia aspira al logro de intereses superiores á estos intereses humanos. Desde los tiempos apostólicos resiste sin tregua á la cólera, á los desvaríos y á las ambiciones contrarias de los hombres, para no ocuparse mas que de lo eterno.

Sin embargo, su glorioso pasado está consignado en la historia para probar que ha contribuido mas que ninguna religion al bienestar de las naciones, y que en medio de las desgracias que las atormentan, ninguna responsabilidad debe imputársele. Ella fué la que desde un principio transformó el mundo pagano por virtud del poder de su doctrina y de su moral, y la que de aquella sociedad inhumana y corrompida ha formado la sociedad honesta y libre de que somos hijos.

La Iglesia fué la que sustituyó al derecho antiguo, que sacrificaba los débiles á los fuertes, el derecho nuevo que protege á los débiles contra la codicia y la violencia de los fuertes. Ella es la que ha puesto

término á la desigualdad monstruosa que reinaba en otro tiempo en el mundo en el reparto de los bienes, prescribiendo al rico el deber de socorrer al pobre, de tenderle una mano fraternal y amiga y de prestarle auxilio en sus enfermedades.

Ella es la que ha civilizado la Europa, que ha recibido de su enérgico impulso esa infatigable actividad, ese poder del pensamiento, esos grandes sentimientos del honor y de la verdadera y cristiana libertad, merced á lo que, despues de su conversion al cristianismo, no ha dejado de ocupar entre las naciones una primacia incontestable. Ella es la que ha dado á los pueblos cristianos su brillante gloria, su maravillosa prosperidad, su génio sublime y su incomparable superioridad sobre todos los demás pueblos del universo; mientras que, por el contrario, las sociedades que el Catolicismo no ha conquistado, han dormido siempre y duermen aun el sueño de la degradacion; permanecen sentadas, segun la expresion de la Escritura, en las sombras de la muerte, y lo esperan como el único camino para subir á la civilizacion.

La Iglesia, en fin, es la que ha hecho la grandeza de España, de esta hermosa nacion que fué por mucho tiempo como el brazo derecho de la Providencia, que ha llevado á cabo tan grandes empresas y dado tan grandes ejemplos de valor y de poder, que ha marchado durante mucho tiempo al frente de los pueblos antiguos y modernos;

de esta nacion, cuyas glorias y cuyo nombre han ido siempre unidos al nombre y á las glorias de la Iglesia, en términos que se la ha visto caer de su antiguo esplendor cuando, como en nuestros aciagos dias, se ha separado de las saludables y divinas inspiraciones é influencias de aquella cariñosa madre. Hé aquí algunos de los muchísimos hechos admirables por los que, despues de cerca de dos mil años, la Religion católica ha adquirido derechos inmortales al reconocimiento del género humano.

¿Cómo ha sucedido, pues, que los países que están hoy separados de la Iglesia, como la Inglaterra y la Alemania, nos parece que van engrandeciéndose, mientras que las naciones que le han permanecido fieles y sumisas han descendido, por el contrario, sensiblemente, y de una manera sorprendente han decaido de su antiguo esplendor? ¿Es acaso que el Catolicismo ha cedido á la disidencia y al cisma su natural y divino carácter de bienhechor y de civilizador, y que no ejerce ya donde él domina sino una influencia funesta? Tal es la especiosa y atrevida objecion que diariamente se nos echa en rostro, cuya futilidad é insubsistencia nos proponemos y esperamos demostrar en honra de la Religion católica y en bien de la sociedad.

Interesantes son estos como problemas que se presentan á la con-

deracion del filósofo cristiano, y que nosotros nos proponemos resolver en los trabajos sucesivos, seguros como estamos de que la verdad que desciende de lo alto no logran oscurecerla todos los esfuerzos de los que pretenden vivir lejos de ella, guareciéndose al abrigo de la soberbia de su menguada y extraviada razon.

QUERUBES Y NIÑOS.

BALADA.

Dióme una lira el Señor,
Y bajo un cielo sin nubes
Canto á niños y querubes
Con amor;
Que aunque con pobres aliños
Vestida, y con gayas flores,
Digna es mi trova de amores
De querubes y de niños.

Niño como todos fui,
Y aun mi trova al cielo sube
Como el canto del querube
Que aprendí,
Que aun no murió en mi cariño,
Ni en mi pesar, ni en mi llanto,
Todo el purísimo encanto
Que hay en el alma de un niño.

Cuando á la tierra volé
Del querube con las alas,
Del cielo las ricas galas
Me llevé,
Pues aquel gentil aliño

Que tanto en el cielo amaba,
Cuando en el mundo lloraba
Era el escudo del niño.

Por eso con tierno amor,
De dulce esencia entre nubes,
Canto á niños y querubes
Sin dolor,
Que iguales son sus aliños,
Y en la tierra y en el cielo
Siempre amarán nuestro duelo
Los querubes y los niños.

Yo quisiera adivinar
Tras la alabastrina nube,
El templo donde el querube
Llega á orar,
Y adivinar el cariño
De su purísimo encanto,
Para restañar el llanto
De mi corazon de niño.

La luz mis pupilas ven
De esas sonrosadas nubes
Donde hallaron los querubes
Grato Eden;
Pero el mundanal aliño
Y sus caprichosas galas,
De la fé las puras alas
Robáronme cuando niño:

Y desde entonces mi afán
Y mi dulce pensamiento
Es cantar so el régio asiento,
Donde están
Envueltos en blancas nubes,
Que son sus puros aliños
Los que nos amaron niños
Y en el cielo son querubes.

Plaza, pues, al trovador
Que bajo un cielo sin nubes

Canta á niños y querubes
Con amor;
Que aunque con pobres aliños
Vestida, y con gayas flores,
Aman mi lira de amores
Los querubes y los niños.

Juan B. Pastor Aicart.

DISCURSO DE SU SANTIDAD.

El Padre Santo recibió en estos últimos dias las felicitaciones de la nobleza romana, presidida por el marqués de Cavalleti. Al mensaje que este leyó se dignó contestar el Santo Anciano del modo siguiente:

«Quejábase á Dios un profeta del Antiguo Testamento de que el pueblo de Israel habia abandonado los altares del Señor para acudir á los de Belial. Todos, decía, doblan la rodilla delante de Belial; yo solo, Señor, he permanecido fiel, y no he inclinado mi frente ni dejado vuestros altares. Pero bien pronto lo confundió en su vanidad la respuesta del Señor:

»Tú no eres solo, le dijo el Señor, en no doblar la rodilla ante Belial, pues hay millares y millares de otras personas que no se inclinan delante de la impiedad y el error. En los tiempos actuales contemplamos una situación casi semejante á la que nos muestran de este modo las Santas Escrituras en el pasaje donde está el diálogo entre el referido profeta y Dios. ¡Cuántos y cuántos en Roma, Italia y otros puntos, ya por debilidad, ya por malicia, han doblado y doblan aún la rodilla delante de ese Belial de la revolución

italiana, ó más bien de la revolución europea!

»Con todo, no puede negarse que millares y millares en Italia y en Europa no han adorado á esa divinidad sanguinaria. Conténtome aquí con nombrar á Europa sin pasar revista á las diferentes naciones que la componen, porque al hablar de la adhesión de tantos católicos, temería olvidar á algunos, y entonces los que yo no hubiera nombrado podrian venir á quejarse y decirme como ya me ha sucedido otra vez: «Santísimo Padre, en vuestro último discurso habeis hablado de otras naciones y nos habeis pasado en silencio: ¿hemos, pues, desmerecido, y no os amamos tanto como los otros? Hablo, pues, de Europa y del mundo católico, sin enumerar las diferentes naciones para no ser acusado de murmurador de los pueblos. No, yo no soy un *murmurador* de los pueblos, sino de los principes y de los Gobiernos, si.»

»El milagro mas grande de esta fidelidad del pueblo católico no está solo en las palabras en que nos expresa su devoción y su fé, sino tambien y principalmente en las abundantes limosnas que nos envia, verificándose así lo que dice el cántico sagrado: *Esurientes implevit bonis et divites dimisit inanes*. Los pobres del Vaticano son provistos de todo lo necesario, no solo para ellos, sino tambien para los demás: *esurientes implevit bonis*.

»Pero la otra parte del texto sagrado no está menos confirmada, y vemos, por el contrario, al Gobierno espoliador cubierto de deudas, sin oro ni plata; solo con papel, nada mas que papel. Vémosle reducido á una tal miseria, que si se es-

cuadrifase en todas sus arcas, no se encontraria en ella ni una sola moneda, aun buscándola con la linterna de Diógenes. *Divites dimisit inanes.* La Santa Escritura llamó ya á estos ricos *fastidiosos divites.* Ningun otro título han merecido mejor, porque en efecto son muy fastidiosos y molestos, *fastidiosos*, con sus cargas, impuestos y opresiones de todo género con que oprimen al pobre pueblo.

»Proseguid mostrándoos siempre fieles y adictos, y marchad por la senda tan noblemente empezada. Vuestra fidelidad hace vuestro mayor elogio y constituye mi mas dulce consuelo: es para mí un bálsamo, un sosten, una recompensa. Vosotros sois mi alegría y formais mi mas bella corona. Sed siempre, pues, constantes y fieles. En la última semana recibí el obsequio de un libro que me ha impedido leer aun mis muchas ocupaciones, pero cuyo solo título es toda una enseñanza; este título es el de *La Constancia.* Constancia pido á Dios que os conceda; ella es, yo lo sé, un efecto de la gracia, un don gratuito de Dios, que no la rehusa á los que se la piden y hacen por obtenerla cuanto pueden. Si, tened constancia en las numerosas buenas obras que sosteneis, y Dios os bendecirá y consolará. Tened constancia y continuad dando siempre el buen ejemplo de la fidelidad, de la piedad y de educar á vuestros hijos en el amor y temor de Dios.

»Pedid esta constancia á Dios; rogad á los cinco mayores santos, sin que esto sea juzgar sobre el mayor ó menor mérito de los santos, sino referirme á aquellos á quienes la Iglesia considera como los más elevados en el cielo. Rogad á San

Pedro para que os obtenga una fé inquebrantable; á San Pablo para que os haga merecer como él el celo por la Religion y la propagacion de la divina palabra; dirigios á San Juan Bautista para que tengais como él el desprecio á los bienes mundanos y el valor de atacar de frente á la iniquidad; él azotó las impiedades y escándalos de los poderosos de su tiempo y no temió ni á los reyes ni á la cárcel.

Pedid á San Juan Evangelista la Caridad. Sabéis que este santo ha sido llamado el Apóstol de la Caridad, y que la predicaba *diligite alterutrum.* Llegó el caso de que estuvieran fatigados de oírle siempre las mismas palabras, sin que el Santo Apóstol dejase de repetir; *Diligite, filii, alterutrum,* porque la caridad es el fundamento de todas las virtudes. En fin, pedid á San José, á quien hemos escogido para protector de la Iglesia, que la proteja y la libre pronto de los males de que está agobiada, y pedidle asimismo que os asista á la hora de la muerte y os haga dulce y fácil el tránsito de esta vida de miserias á la feliz eternidad.

»Sed, pues, constantes, y pedid á Dios y á sus santos que os confirmen en esta virtud que os honra y me regocija dulcemente. Esperándolo así, yo os bendigo, bendigo á vuestras familias, bienes y negocios, y ruego á Dios que os bendiga y recompense, y os conceda la gracia de ver siempre católicos á vuestros queridos hijos. Permanezca con vosotros esta bendicion todos los dias de vuestra vida, y os acompañe hasta en el Paraíso durante toda la eternidad.

»*Benedictio Dei, etc.*»

CRÓNICA.

En el Consistorio celebrado el 16 en Roma han sido preconizados los siguientes Prelados españoles: D. Miguel Payá, Obispo de Cuenca, para el arzobispado de Santiago; D. Estéban Perez Martinez, Obispo de Málaga, para el arzobispado de Tarragona; D. Ceferino Gonzalez, religioso dominico, para el obispado de Málaga; D. Victoriano Guisasola, para el de Teruel; D. Joaquin Lluch, Obispo de Salamanca, para el de Barcelona; don Juan A. Puig, para el de Puerto-Rico; D. Mariano Cuartero, religioso dominico, para el de Nueva Segovia (Filipinas), don Ramon Fernandez, para el de Jaca; y D. Narciso Martinez Izquierdo, Arce-diano de la catedral de Granada, para el de Salamanca.

Los periódicos franceses publican una descripción de la brillante ceremonia que se ha verificado en la capilla del palacio de Versalles al entregar el mariscal Mac-Mahon los birretes cardenalicios á Sus Eminencias los Cardenales Chigi, Arzobispo de Myre, pronuncio apostólico, Regnier, Arzobispo de Cambrai, y Guibert, Arzobispo de Paris.

Todos los preparativos, dice *Le Monde*, se hicieron con el propósito de dar á esta ceremonia el brillo de las mayores pompas religiosas, habiéndose redactado de antemano el programa por el Maestro de ceremonias M. Mallard, de acuerdo con el Abate Ardin, limosnero de palacio.

La capilla, cuya grandiosidad es superior á la de muchos templos, estaba mag-

níficamente adornada. Más de 400 luces proyectaban sus resplandores sobre los bronces del santuario y hacian resaltar las obras de arte de que está adornado. Un rico sillón con reclinatorio, cubierto de un paño rojo con franja de oro, se colocó á la entrada del coro con destino al presidente de la República; á la izquierda, y en la misma forma, se colocaron los asientos de los Cardenales; á la derecha los de los ministros y detrás el de los ayudantes de campo del mariscal.

Al lado de la Epistola aparecia el sillón del señor Obispo de Versalles, y en el del Evangelio algunos sillones mas con destino á los obispos invitados á la ceremonia por los nuevos Cardenales, habiéndose reservado tambien algunos sitios de preferencia con destino á los ablegados pontificios, guardias nobles, secretarios de los ablegados, Vicarios generales y clerecia. La mariscala Mac-Mahon, las señoras de los ministros, los diputados y los oficiales de la casa del mariscal tenían banquetas reservadas, viéndose llenas de concurrentes las avenidas de la capilla.

Su Eminencia el Cardenal Chigi estaba desde el martes en su alojamiento de Versalles, llegando muy temprano el dia de la ceremonia los otros dos Cardenales, que se alojaron en casa de Monseñor Mabib.

A las nueve de la mañana, el introductor de embajadores y el maestro de ceremonias, en coches de gala, se personaron en el domicilio de los ablegados para invitarles á trasladarse á la presidencia con sus secretarios y guardias nobles; una compañía de soldados enviada de antemano hizo los correspondientes honores

A las diez fueron recibidos en audiencia por el mariscal Mac-Mahon, acompañado de los ministros de Negocios extranjeros y Cultos y de los oficiales de su casa, pronunciando los nuevos Cardenales discursos en latin, segun es de costumbre en esta clase de ceremonias.

El presidente contestó con algunas frases benévolas, retirándose á sus habitaciones, que abandonó poco despues para trasladarse á la capilla acompañado de los ministros. En esta encontrábase ya el señor Obispo de Versalles rodeado de sus dos vicarios.

Una multitud inmensa ocupaba ya el ámbito de la capilla; el abate Ardin recibió al mariscal á la puerta y le ofreció el agua bendita, despojándose acto seguido de la capa pluvial para vestirse la casulla y empezar la celebracion del Santo Sacrificio de la Misa. Mientras duró este, los mejores artistas de Paris ejecutaron al órgano piezas escogidas que fueron escuchadas por la concurrencia, que con gran regocijo nuestro asistia, y entre la cual estaban el presidente de la Asamblea nacional y gran número de diputados y altos dignatarios del Estado.

Durante la Misa, el maestro de ceremonias y los ablegados fueron á buscar á los Cardenales; el cortejo se trasladó á Palacio en el órden siguiente: un batidor á caballo, un carruaje ocupado por monseñor Chigri, Mons. Capri y el introductor de embajadores, otro carruaje con Sus Eminencias los Cardenales Régnier y Guibert, monseñor Lucciardi ablegado y monseñor Obispo de Cerame. Detrás de este último carruaje marchaban dos caballerizos, siguiendo despues algunos carruajes más que conducian á los secre-

tarios de los ablegados, á los guardias nobles, Vicarios generales de los Arzobispos y á los Eclesiásticos que les acompañaban y formaban parte del cortejo.

Sus Eminencias descendieron cerea del vestíbulo de la capilla, y esperaron en una sala preparada al efecto al fin de la ceremonia. Los ablegados se trasladaron acto seguido á la sacristia para depositar los birretes cardenalicios en unas bandejas rojas cubiertas de una tela de seda de color violeta, las cuales fueron depositadas en una mesa al lado de la Epístola, volviéndose despues cruzando la gran nave á buscar á los nuevos Cardenales.

Despues del *ite missa est* el Sr. Obispo de Versalles abandonó su sillón y fué á la puerta á recibirles, haciendo en este momento su entrada solemne acompañados de los ablegados, sus secretarios y los guardias nobles. Todas las miradas se fijaron en el cortejo que presentaba un cuadro imponente; los guardias nobles, vestidos de gran uniforme, fueron los que llamaron más la atencion. Cada cual tomó el sitio que le estaba designado, trasladándose los ablegados á la sacristia. El señor Obispo de Versalles dió la bendicion y el abate Ardin recitó el último Evangelio.

Acto seguido los ablegados, llamados por el maestro de ceremonias de la capilla, salieron de la misma precedidos del introductor de embajadores, y se colocaron á la izquierda de los Cardenales para entregarles el breve de Su Santidad, avanzando despues á la mesa inmediata al altar mayor, de donde tomaron las bandejas con los birretes, que fueron presentando sucesivamente al señor presidente de la República. Monseñor

Régnier fue el primero que recibió el birrete, siguiendo despues Mons. Chigi y Monseñor Guibert.

Terminada la ceremonia, el presidente abandonó la capilla y se trasladó á su alojamiento, pasando los Cardenales á la sacristia á vestirse la sotana roja, la muceta y el roquete.

Poco despues subieron á los carruajes, y en el mismo órden en que habian venido pasaron al palacio de la presidencia, donde cada uno dirigió un discurso al mariscal Mac-Mahon, que respondió en un solo discurso.

A la ceremonia siguió un almuerzo, al cual asistieron SS. EE. y el señor Obispo de Versalles con sus vicarios generales, los Prelados asistentes, los ablegados sus secretarios, los guardias nobles, el limosnero de palacio, los Curas párrocos de la ciudad y otros eclesiásticos de Paris.

Esta fiesta dejará profundos recuerdos en Versalles. El mariscal ha querido darla todo el esplendor posible y to ha conseguido; hombre de fé, ha rendido un homenaje á los principes de la Iglesia, y puede decirse que ha llenado dignamente el alto encargo que el Padre Santo le ha confiado.

Ginebra 28 Diciembre 1873.

Tristisima es la situacion á que se hallan reducidas de algun tiempo á esta parte las poblaciones de la Suiza católica, condenadas á sufrir el yugo de algunos tiranuelos que forman en las filas del racionalismo y de la francmasoneria. La Iglesia es aquí oprimida sin piedad; los obispos expulsados de sus palacios ó con-

ducidos á la frontera entre dos gendarmes; los curas vejados con multas, expuestos á las injurias de un populacho amotinado, expulsados brutalmente de sus parroquias, y reemplazados por clérigos apóstatas.

Mas, se arrebató de un modo violento á los católicos, ó por mejor decir, se les roba esos mismos templos que el Gobierno cantonal les habia dado por acto solemne, ~~que~~ ellos habian aceptado con reconocimiento, ~~y que~~ que miraban como uno de los lazos ~~mas~~ fuertes que les unian á la patria comun. Aquellas paredes que tan á menudo resonaban con los acentos apostólicos de un Mermillod, aquellas losas sagradas donde iban á arrodillarse los católicos ginebrinos, son hoy profanadas por la presencia sacrilega de un fraile apóstata. La blasfemia ha sustituido á la palabra sacerdotal, y el altar de Dios vivo es manchado por mannos sacrilegas y malditas.

¡Condicion verdaderamente triste de los tiempos presentes! ¡Deplorable ceguera de los Gobiernos, que no quieren comprender una vez por todas que el peligro para ellos no está en algunos sacerdotes que oran, sino en los mismos hombres de que se valen para perseguir la Iglesia.

En Ginebra, de donde se expulsa á monseñor Mermillod y en donde el Consejo de Estado cree amenazada la seguridad de la República por algunos fieles que oran en un rincon oculto; en Ginebra son tolerados los conciliábulos de los petroleros escapados de la *Commune* de Paris. El báculo de un obispo da miedo á esos grandes hombres de Estado, y no temen el fusil de un comunista, y la pi-

queta de un revolucionario. ¡Cuánta insensatez!

Desde muchos años Suiza gozaba de una paz profunda, sin luchas de partidos, casi ignorada de la Europa política. Hoy se siembra la division en medio de estas poblaciones antes tan pacíficas; division terrible, pues toca á los intereses mas caros é íntimos de la nacion.

En medio de tantos infortunios consuela el ánimo ver el valor y la piedad nunca decrecientes de estos fieles.

Las fiestas de Navidad, tan espléndidas en el mundo católico, han revestido aquí un carácter excepcionalmente conmovedor. El oficio de la Natividad del Salvador se ha celebrado este año en pobres granjas, en medio de los establos en donde los ganados de nuestras campiñas buscan abrigo á los rigores del invierno. Las poblaciones católicas, dejando en la soledad de su apostasia y de sus templos á los clérigos intrusos y á sus escasos *fieles*, han acudido todas en masa á estas granjas, convertidas en Belenes de nuestra fé. La desnudez del altar, la paja que le rodeaba, la oscuridad que cubria todo aquel pueblo postrado, el misterio del dia renovándose en ese nuevo pesebre, los cantos de Navidad resonando en todos esos corazones cristianos y respondiendo á la voz del sacerdote, la palabra sacerdotal recordando en tal lugar y en semejante dia las alegrías y las enseñanzas del pesebre, todo daba á esta fiesta cristiana acentos y consuelos inefables. Orábase con un fervor inusitado, y el recogimiento de la multitud apiñada en aquel reducido espacio atestiguaba las impresiones y los sentimientos de todos.

En Undervalier se celebraron solemnemente los divinos oficios en una caverna de gran profundidad. En el fondo se habia preparado el altar encima de una roca. A pocos pasos manaba una fuente cristalina que mezclaba su murmullo con los cantos del pueblo. Todos los católicos de aquellas cercanias se habian reunido allí, y rogaban con el corazon y con los labios. Iluminada por las luces que allí habian conducido para alumbrar el pesebre del Niño-Dios, la gruta recordaba maravillosamente la santa caverna que presenció el nacimiento del Mesias y las adoraciones de los pastores de la comarca.

En Porrentruy el apóstata Pipy habia imaginado, para realzar la fiesta, hacer una *Comunion general* en la misa de media noche. Solo algunos desdichados, que no creen en Dios y niegan rotundamente la divinidad de Jesucristo, respondieron á su llamamiento. Pero no tuvieron valor para asociarse al sacrilegio de los clérigos excomulgados. La *Comunion general*, que debia reunir en la santa Mesa una parroquia de seis mil católicos, solo ha podido juntar *doce* niños conducidos por *dos* institutrices; mientras que la multitud no ha cesado de llenar todo el dia la iglesia de las Ursulinas, en donde se celebraban los oficios católicos. No hay memoria en Porrentruy de haber presenciado una afluencia tan grande y un recogimiento mas profundo. Y lo que digo de Porrentruy podria tambien aplicarse á todas las poblaciones de esta nueva Polonia, tanto mas afectas á la sagrada causa del Catolicismo, cuanto mas arrecia la persecucion.—U. O.

La *Academia y Corte de Cristo*, asociación de culto y propaganda que aclama, hace ocho años, el derecho de Jesús á reinar socialmente en todo el mundo, ha publicado en uno de sus cuadernos las siguientes instrucciones para la defensa de la religion por medio de coros de adoracion y centros de propaganda, que recomendamos á todos los católicos de ilustracion y piedad sincera. Dice así la página espresada:

«Las calamidades presentes no deben atribuirse más que á la astucia y maquinaciones de las sectas, llámense masónicas, ó con cualquier otro nombre.»

(Pio IX. Encíclica de 21 de Noviembre de 1873.)

«Por las sociedades secretas convertidas ya en sectas armadas y apoderadas, segun testimonio de Pio IX, de casi todos los Gobiernos de Europa y América, se halla la Iglesia, y nos hallamos los católicos sus hijos, en las angustias de la universal persecucion, por grandes asociaciones, no secretas, sino las más públicas, las más pacíficas y benéficas de la tierra, hemos de defender los cristianos nuestra libertad y nuestro derecho. La *Academia y Corte de Cristo* invita con este objeto á todos los señores Sacerdotes, á todos los hombres de fé y á todas las mujeres de piedad acrisolada á formar coros de adoracion de Jesús y centros de propaganda religiosa. Es necesario disipar con torrentes de luz todos los delirios, todas las mentiras, todos los ódios y todas las perfidias con que hoy tiraniza al mundo el rey de las tinieblas.

En el *Paladin de Cristo*, en el *Libro de adoracion*, en la *Divina Cruzada*, en la *Asociacion del Rien* y en varios otros

opúsculos hemos impreso instruccione para formar dichos coros y centros, que reproducimos aqui sumariamente.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial misa conventual á las nueve y cuarto. Por la tarde á las cuatro menos cuarto minerva con sermon que predicará D. José Carratalá, teniente cura de la misma. En las Agustinas por la mañana á las ocho misa de Comunion, y por la tarde á las tres y media mesada de la Correa con sermon que dirá D. José Juliá, capellan de las mismas.

Martes.—En las Agustinas misa de renovacion á las ocho. En la Virgen de Gracia da principio el tríduo. Por la mañana á las ocho y media misa mayor, y por la tarde á las tres y media rosario, meditacion y sermon que predicará, en los dos primeros dias, don Francisco J. Guimbeu, vicario de la misma, y en el último D. Mariano Angelo Borja, canónigo de la Colegial; siguiendo el trisagio, bendicion y reserva.

Viernes.—En la Misericordia principia el tríduo con misa cantada á las ocho de la mañana, y por la tarde á las tres y media completas, meditacion, sermon que predicará el ya nombrado don José Juliá, letania y reserva.

Sábado.—En la Colegial misa de renovacion á las ocho. En el tríduo de la Misericordia predicará D. Vicente Morrell, teniente cura de la Colegial.